

IL MESTIERE DI TRADURRE 4:
CÉSAR PALMA

Si toda entrevista a un traductor es una invitación directa a la lectura, no cabe duda de que recordar algunas de las traducciones que han salido de las manos de César Palma justifica aún más si cabe esta intención. De hecho, con una trayectoria que abarca casi ya las tres décadas, se deben a César Palma la traducción de títulos tan interesantes de la narrativa italiana del siglo pasado y principios del presente como, por poner unos ejemplos, *El tablero ante el espejo* de Massimo Bontempelli, *La infancia de Nivasio Dolcemare* de Alberto Savinio, *La cofradía de los celestinos* de Stefano Benni o tres de los mejores títulos de Mario Rigoni Stern, una “especie de envés de Jünger” según nos declaraba, *El sergente en la nieve*, *Estaciones* e *Historia di Tönle*.

Por Juan Carlos Postigo Ríos y J. Pérez Andrés

Tal vez es un lugar demasiado común iniciar una entrevista de este modo, pero no podemos dejar de preguntarle cuál es su vinculación con la lengua italiana y, obviamente, cómo empezó en las labores de traducción.

Y yo responderé con otro lugar común: todo fue fruto del azar. Muy joven, recalé un verano en Italia en busca de trabajo, como recalaban, en distintos países de Europa, muchos estudiantes universitarios de mi generación. Sólo que el viento me llevó al extremo norte del país, hasta los Alpes centrales, a Bolzano, es decir, el lugar menos italiano que hay en Italia por su vecindad con Austria y porque la población habla mayoritariamente un dialecto germánico, pero donde tuve la suerte de encontrar trabajo en una empresa dedicada a excavaciones arqueológicas. Como estudiaba Historia Antigua y ese aprendizaje me interesaba, quise volver, y volví, pero otros siete años seguidos, durante campañas que a veces duraban hasta el mes de noviembre. Por supuesto, tuve tiempo de hacer muy buenos amigos, casi todos estudiantes de literatura en Florencia y en Siena, ciudades que visitaba con mucha frecuencia. Allí pude familiarizarme bien con el idioma; en cambio, nunca aprendí el dialecto de Bolzano.

Siempre me sentí atraído por la traducción, porque siempre me encantó la literatura. Pero todo se lo debo a dos excelentes amigos y traductores: Luis Maristany y Juan José del Solar, quienes me presentaron a varios editores y revisaron y corrigieron mis primeros encargos.

Sus primeras traducciones, por otro lado, fueron dos textos ingleses a mediados de los ochenta, *Fuentes para el estudio de la historia antigua* de Michael Crawford (Taurus, 1986) y *Los elefantes no se sientan sobre los coches* de D. H. Wilson (Alfaguara, 1986).

Siendo el inglés un idioma que frecuente de tanto en tanto (y esta pregunta se la hicimos también a Pepa Linares hace poco), no podemos evitar preguntarle con cuál de las dos lenguas se siente más cómodo al traducir.

Mi segundo apellido es Hunt. Se lo debo a un abuelo que, según cuenta la leyenda familiar, tuvo que irse a Londres para operarse de una hernia de hiato, donde murió en el quirófano. Mi madre, que nunca supo mucho inglés, se empeñó en que sus hijos estudiaran desde pequeños en colegios británicos. Hace más o menos tres años, un editor me eligió precisamente por mi apellido materno para que tradujera a un clásico anglosajón bastante complejo. No le dije nada sobre la hernia de hiato de mi abuelo. Afortunadamente, quedé bastante contento con mi trabajo. En fin, no quiero extenderme más. Me encanta el idioma, leo con mucha frecuencia novelas y ensayos y creo que lo domino bastante bien, pero he vivido muy poco tiempo en países de habla inglesa, y eso hace que me falte frescura en el manejo de la lengua cotidiana. Con el italiano, en cambio, me siento muy cómodo.

Desde aquellas primeras traducciones hace prácticamente tres décadas, han pasado por sus manos autores como Erri de Luca (en Akal), G. K. Chesterton, Cesare Pavese, Italo Calvino y George Eliot (en Pre-Textos), Ana María Ortese (en Minúscula), Stefano Benni, Alberto Savinio y Massimo Bontempelli (en Siruela), por nombrar unos pocos. ¿Hay alguna de estas traducciones por las que sienta una especial inclinación?, ¿qué título recomendaría a un lector que quisiera conocer su trabajo?

Todos lo que nombra son autores excepcionales, y, lamentablemente, algunos de ellos apenas conocidos, como Savinio y Bontempelli, que, precisamente, se cuentan entre mis preferidos. De Savinio, la verdad no sabría qué títulos elegir, porque es un autor que me apasiona. Con Bontempelli, en cambio, no tengo dudas: *La vita intensa* y *La vita operosa*. A su lista añadiría a Giambattista Basile y su *Pentamerón* o *El cuento de los cuentos*, publicado por Siruela en 1994 (hay una segunda edición de 2002). Basile es un autor barroco napolitano de primer orden, en el que se inspiraron los Grimm y Perrault, entre otros, y su obra es un derroche de sabiduría popular y de humor. Dedicué un par de años al libro, y me divertí y aprendí muchísimo.

Aunque es una tarea difícil, si en Zibaldone tuviéramos que destacar alguna de sus traducciones, creo que no dudaríamos en señalar la delicadeza y sensibilidad que volcó en las tres obras que tradujo de Mario Rigoni Stern para Pre-Textos, *Historia de Tönle*, *El sargento en la nieve* y, especialmente, *Estaciones*. Estos tres títulos tienen también el mérito de haber dado a conocer por fin en castellano a uno de los autores más importantes de las letras italianas del siglo XX. ¿Cuál fue el mayor desafío al que tuvo que enfrentarse a la hora de trasladar a un autor tan personal?

Le agradezco muchísimo sus elogios, pero quiero aprovechar este espacio para destacar también la encomiable labor que la editorial Pre-textos ha hecho y sigue haciendo con este fantástico escritor. Me consta que tanto Manuel Borrás,

Manuel Ramírez como Silvia Pratdesaba aprovechan cualquier ocasión que se les presenta, bien foros, congresos o ferias de libros a los que asisten, para darlo a conocer. Y es que, por desgracia, se han vendido poquísimos ejemplares de los tres libros y casi no se han publicado reseñas en la prensa especializada.

Centrándome en su pregunta, Rigoni es un autor difícil de traducir, por paradójico que parezca, por su sencillez y concisión. No le sobra una palabra, un solo adjetivo, es minucioso y de una precisión extrema, primordialmente con todo lo que atañe a la naturaleza, que abarca la mitad de su obra. La otra mitad, la que trata del hombre sometido a los conflictos armados, tiene las mismas características, pero su tono es desgarrado, con pinceladas de una poesía enormemente sutil. Siempre me ha parecido que Rigoni es una especie de envés de Jünger.

Excepto algún caso concreto en el que ha traducido ensayos, como *El imaginario griego* de Richard Buxton (Cambridge University Press, 2000), *El libro de los laberintos* de Paolo Santarcangeli (Siruela, 2002) o el muy interesante *La cultura de la conversación*, de la nieta de Benedetto Croce, Benedetta Craveri (Siruela, 2004), sus traducciones son primordialmente novelas. ¿Ha tenido ocasión de traducir poesía?, si es así, ¿cuál fue su experiencia?

Perdone que empiece otra vez dándole la vuelta a su pregunta. Traduje hace varios años un par de novelas históricas de una pareja de autores, cada una de aproximadamente 800 páginas. Ellos querían que me siguiera ocupando de su proyecto, que comprendía un total de siete títulos. Yo les di largas, porque las 1.600 páginas ya me habían dado muchas jaquecas, y les recomendé a un traductor, nada menos que a un Premio Nacional. Hicieron las averiguaciones oportunas y descubrieron que, en efecto, era Premio Nacional, pero del italiano SOLAMENTE había traducido todo Rodari, algo de Maquiavelo y, sobre todo, mucho ensayo. Así que no les interesaba. Sin embargo, insistí, porque además su persecución ya se había convertido en un acoso, hasta que por fin conseguí convencerlos. Y quedaron encantados con el resultado. Tanto es así que el cuarto libro de la serie se lo dedicaron a él, lamentablemente fallecido un año antes. Traigo esta anécdota a colación porque creo que el buen traductor de prosa debe valer para traducir tanto literatura como ensayo. A mí, de hecho, me gusta, si no simultanear, por lo menos pasar de vez en cuando a un buen libro de historia o de filosofía, que puede estar tan bien escrito como una estupenda novela.

Por centrarme de nuevo en su pregunta, creo que para traducir poesía hay que ser poeta, o, al menos, aspirar a serlo, y yo, sintiéndolo mucho, jamás he sido ni siquiera un mal aspirante a poeta.

En el contexto de iniciativas como la editorial Montena (el sello de Random House Mondadori orientado al público juvenil), los dos o tres últimos años ha volcado al castellano autores más jóvenes con títulos tan sonoros como *Simplemente*, *escaparme contigo* de Francesco Gungui, *Cosas que nadie sabe* de Alessandro d'Avenia o *Escucharás mi corazón* de Alessio Puleo. La estela de Moccia parece inagotable, ¿no?

Una pregunta un poco comprometida. Aquí el estómago es el que manda. A Moccia no lo he leído en mi vida y seguramente no lo leeré jamás. He tenido que traducir mucha literatura de la llamada juvenil y puedo asegurar que la calidad, salvo rarísimas excepciones, no varía mucho, ni en términos literarios ni en términos de seso. Pero prefiero no decir más.

Hace unos meses nos hablaba Carlos Gumpert de su particular y muy personal relación con Tabucchi. Nos preguntábamos si también usted ha llegado a tener o tiene algún tipo de relación con los autores que ha traducido.

Sí, con varios, pero son más numerosos aquellos con los que me habría gustado mantener algún tipo de relación y nunca lo hice, fundamentalmente por timidez. Por ejemplo, con Erri de Luca, Rigoni Stern o Stefano Benni, quien, incluso, reclama siempre que sus traductores le consulten. La relación que he tenido con algunos autores, bien personal o epistolar, ha sido de lo más cordial. Siempre están dispuestos a despejar dudas, por tontas que sean. Lo cual, por otra parte, me parece completamente lógico. Recuerdo especialmente a Mario Perniola, con el que me carteeé varias veces y compartí una muy agradable comida en Madrid, y de quien traduje, para Pre-textos, *Del sentir*, y a Francesco Zambon, de quien traduje, para Siruela, *El legado secreto de los cátaros*. Guardo sus cartas como modelos de erudición.

En tanto lector de italiano, ¿hay algún texto o autor que le gustaría traducir especialmente?

La verdad es que a varios, pero me limitaré a citar el *Novellino*, a Giuseppe Rensi, un filósofo entre anarquista y nietzscheano muy admirado por Sciascia, a Carlo Dossi y al modenés Antonio Delfini, cuya principal obra tiene un título tan sugerente como *El recuerdo de la vasca*.

¿Nos puede avanzar algún título en el que esté trabajando en estos momentos, tal vez algo del siempre interesante Alessandro Piperno, al que tradujo hace poco?

Siempre trabajo en algún libro de mi autor fetiche: Savinio. Pero también tengo entre manos algo de Italo Svevo, de Massimo Bontempelli y del inclasificable y magnífico escritor que es Tommaso Landolfi.